

(LOLA CALVO, 18/08/2011) Hacía años que no disfrutaba tanto ante el espectáculo nocturno que ofrecen las estrellas cuando tenemos la rara ocasión de estar en medio del campo, sin luces cerca. Era noche cerrada, al raso, ausencia de ruidos cotidianos. Levanté la mirada al cielo y quedé paralizada, volví a ser niña. El universo me aplastaba con su grandiosidad. ¿Dónde se había metido? No recordaba el número tan enorme de estrellas que, desde el espacio, nos hacen guiños. Brillan con destellos multicolores custodiando una lechosa y densa Vía Lactea que se arquea acrecentando su dimensión espacial. Están ajenas a nuestras luces de Neón, fuegos fatuos que nos impiden mirar el mensaje del cielo. El universo está ahí fuera, mostrando su poder, el equilibrio de la creación aletea y obedece a las reglas establecidas por el Creador.

En medio de ese espectáculo nocturno, me era tan fácil pensar en Dios, le sentía presente, cercano. Yo, con mi pequeñez, formaba parte de ese escenario grandioso. Varias noches acudí fascinada a mi cita nocturna y cada vez crecía en mí la idea del despropósito de nuestras vidas. Vidas que se alejan cada vez más de cuanto nos acerca a lo que verdaderamente nos debería interesar.

Nosotros nos movemos a ras de suelo, entre nuestras preocupaciones, nuestras quejas, nuestros miedos, dejamos que nos invadan las noticias que el mundo nos brinda a saturación. Los mercados, las bolsas, las violencias, las estafas, las corrupciones, las letanías sobre porvenires inciertos, las banalidades, un amasijo de voces que van intoxicando nuestro interior y atrofiando nuestros sentidos. Nos cuesta ver el poder de Dios en nuestras vidas, confundimos sus propósitos con nuestros deseos, y estamos realmente lejos de ser libres, de vivir armónicamente con el proyecto de Dios.

